

CAPÍTULO 1

En las zonas más elevadas de Haven el aire es caliente, sofocante y apesta a heces de rata, un precio insignificante que hay que pagar para conseguir comida gratis. Las chicas normales corren y gritan cuando están muy cerca de las ratas, pero yo no me puedo permitir el lujo de tener miedo.

El cielo está tan cerca de la azotea de nuestro edificio que me agacho para evitar que una viga me golpee la cabeza. Si alguna vez pintaron de azul esta parte de la cúpula, el pigmento desapareció hace tiempo, dejando a la vista unos paneles de metal apenas reflectantes.

Me inclino hacia adelante y echo un vistazo al espacio de menos de metro y medio que hay entre el terrado y el cielo. El calor y la oscuridad se me echan encima y el sudor se desliza por mi espalda. Ojalá tuviera una linterna, pero la luz haría que las ratas huyeran. Detrás de mí, algo se mueve.

Me inclino aún más y me doy la vuelta.

—¿Quién anda ahí?

Mi voz suena más alta de lo que quisiera y las ratas chillan. Una gran sombra se desliza a través de la azotea, muy cerca de un conducto de ventilación. Me tumbo y la grava se me clava en las rodillas y las palmas de las manos. La sombra es demasiado grande como para ser de una persona, pero el latido acelerado de mi corazón anula mis sentidos, empaña mi visión, me tapa los oídos y me nubla el entendimiento.

Parpadeo y la sombra desaparece; todo lo que queda es una ola de ratas y más ratas. Me tapo la nariz para evitar el olor y respiro hondo por la boca. *Estás bien. Estás a salvo. Nadie lo sabe.*

Si la sombra fuera un ejec, no me acecharía, sino que me arrestaría. Los habitantes de Haven estamos a salvo de los trituradores que deambulan fuera de la cúpula.

Parece que esté loca por imaginar un peligro en cada esquina, pero la sensación de estar siendo observada me obsesiona desde hace tres años, cuando mi hermano Drake y yo nos quedamos huérfanos.

En pleno crecimiento y a las puertas de la pubertad, mi hermano necesita comer más. Está muy delgado, así que tengo que acabar mi tarea.

Concentrada en el ruido de sus garras, me dirijo a los roedores de forma individual. Sintiendo cada cuerpo, cada respiración. Una de las ratas se escabulle hacia un haz de luz, levanta la cabeza y me mira.

Gran error, señor Rata.

Lo observo fijamente y el roedor no puede desviar su mirada. La emoción del momento pone en alerta mis sentidos y enseguida percibo su pulso acelerado, noto cómo la sangre y la adrenalina fluyen por sus venas. Es como si mis dedos sintieran su latido y tuviera el oído sobre su pecho, pero no es así. Las sensaciones se intensifican hasta que la rata queda bajo mi control.

Para reprimir el instinto de liberar a la pobre criatura, busco emociones más útiles que la lástima. Emociones que puedan matar. Pienso en la persona que más daño me ha hecho, la que destrozó mi infancia, la que traicionó mi confianza. La que mató a mi madre.

Pienso en mi padre; en la mirada inexpresiva de su rostro hace tres años cuando los oficiales ejecutores, con sus máscaras negras y sus chalecos antibalas, se lo llevaron.

El odio y la rabia hierven en mi interior y crepitan como el agua al entrar en contacto con aceite caliente. Es justo el combustible que necesito. Fulmino a la rata con la mirada, los ojos me escuecen, mi corazón se desboca y la maldición cobra vida.

Concentrada en mi poder, visualizo el corazón de la rata y siento cómo se comprime.

Los ojos del roedor se agrandan, sus bigotes brillan a causa de la humedad y abre la boca dejando al descubierto unos dientes afilados como agujas. Me estremezco, pero no puedo echarme atrás. Lo haré. Debo hacerlo. Drake necesita comer.

Los músculos del roedor se agarrotan uno a uno, sus latidos aminoran, después jadea y cae de lado, retorciéndose entre convulsiones. La compasión sube por mi garganta, pero la hago retroceder; una rata no llenará el estómago de Drake. Después de asegurarme de que ha muerto, cojo nuestra cena por la cola y voy a por otra víctima. Y después otra.

Me balanceo hacia adelante y casi pierdo el equilibrio. Para recobrar el control, cierro los ojos y me froto el pulgar, donde llevo el anillo de casada de mi madre, que no me quito desde el día en que murió. La maldición se atenúa y me dejo caer, exhausta. Al menos esta vez no me he desmayado.

Aunque resulte muy útil para cazar ratas, odio ser una mutante. Me vuelve peligrosa y a la vez me pone en peligro. Lo odio porque me hace diferente y me permite hacer cosas que no entiendo o que están fuera de mi control. Lo odio porque vincula mi ADN con los trituradores. Pero por encima de todo, lo odio porque me conecta con mi padre.

Aun así, tengo mucha más suerte que la mayoría. Al menos mi maldición es fácil de disfrazar. Cuando la de mi hermano aparece, su piel cambia, y una vez vi a una mujer, arrinconada por los ejecutores, cuyo cabello se convirtió en espinas. La Dirección considera que los mutantes somos una amenaza para la seguridad de Haven, que estamos a un solo paso de convertirnos en trituradores. Nos quieren a todos muertos.

Me están vigilando.

Giro y me oculto entre las sombras que me proporcionan las vigas inclinadas de la cúpula. La coleta me roza la nuca (¿o ha sido una rata?). En ese momento el haz de una linterna llega

desde el borde de la azotea, seguido por un pequeño cuerpo que trepa por la cuerda que hay a un lado.

—Glory, ¿estás ahí? —susurra mi amiga Jayma.

—Por aquí. —Me tranquilizo y, al deslizarme, dejo caer mi cena, con la esperanza de que no se haya notado. No es que tenga miedo de que me denuncie por contrabando de carne de rata. Nunca haría algo así. Pero no le gusta ver ratas muertas.

—Vaya, menudo botín. —Scout se coloca delante de la luz de la linterna. Levanto las cejas y lanzo a Jayma una mirada inquisitiva. Me dirige una dulce sonrisa. Scout saca las manos de los bolsillos y las deja reposar sobre sus delgados muslos, para examinar mi captura.

—Hoy he tenido suerte con mi red —le digo, y me desplazo para esconder las ratas—. ¿Quieres una?

—No, gracias. —Scout se estira—. Puedo cazarlas por mi cuenta. Y mucho más grandes. Esas no tienen mucha carne.

—Scout tiene muy buena puntería. —Jayma lo contempla como si fuera el dios de la caza de ratas, y su pecho se hincha tanto como le permite su postura encorvada.

—Pues que tengas suerte —le deseo, y hago un gesto en dirección a las ratas fugitivas, que deben haber escapado de una granja industrial donde las crían y sacrifican para convertirlas en alimento. O tal vez hayan atravesado la cúpula desde fuera. Son los únicos animales que pueden sobrevivir a la contaminación del polvo exterior. Las ratas y los trituradores.

Scout coge su tirachinas, se da la vuelta y apunta a una pequeña piedra en la oscuridad. Por los chillidos y carreras que se oyen, debe haber alcanzado a algo, pero no sabemos si su golpe ha sido letal. Saca una linterna del bolsillo, gira la manivela hasta que brilla una débil luz y a continuación se acerca para comprobarlo. Las ratas se dispersan.

—¿Verdad que es genial? —Jayma se coloca el pelo detrás de la oreja y acciona la manivela de su linterna para iluminar el tramo de azotea que hay entre nosotras. Tiene una mancha en su pálida

y pecosa mejilla y me acerco para limpiarla con el pulgar—. ¿Qué tengo en la cara? —Sus ojos muestran aflicción y se coge la manga para frotarse el rostro—. ¿Crees que Scout se ha dado cuenta?

—Ya está. —Sonrío para ocultar mi mentira piadosa. No hay forma de estar limpio entre tanta porquería, aunque Scout no es exactamente un experto en cuestiones de higiene. Dudo que lo haya notado o que ni siquiera le importe.

Se inclina hacia mí.

—¿Crees que va a pedirme que salga con él? —Un fulgor rojizo aparece en sus mejillas.

—Si no lo hace, está loco. —Sonrío. Ella es feliz, pero el estómago se me revuelve y me siento incómoda. No puedo creer que tengamos dieciséis años y seamos lo bastante mayores como para llevar las pulseras que nos permiten salir con alguien. El siguiente paso es el contrato de matrimonio.

Aunque es poco probable que yo pueda salir con alguien. Es demasiado arriesgado. Si pidiera la autorización, alguien en recursos humanos se vería obligado a revisar mis informes laborales y a hacer preguntas sobre mi hermano. No pueden descubrirlo. Excepto Jayma, nadie más sabe que está vivo.

—Necesito un favor. —Jayma me coge de las manos—. Scout va a ir al centro y...

—¿Hoy? ¿El día uno? —El centro siempre está abarrotado el primer día de los tres asignados a los empleados en nuestro rango de remuneración para recoger las raciones mensuales. Algunas personas no pueden elegir día, pero aunque no me apetezca ir hoy, Jayma no puede ir sola al centro con un chico sin un permiso de citas. Si finalmente voy, tendrá más tiempo para estar con Scout, aunque yo sea la tercera en discordia.

—Por supuesto que te acompañaré al centro —le digo, y le aprieto las manos con suavidad.

—Eres la mejor. —Se inclina sobre mí y continúa—: Además, la Dirección organizará una lotería para celebrar el fin de las vacaciones trimestrales.

—¿Y cuál es el premio?

—Un empleo como principiante en la Dirección. ¿No es increíble? —Jayma baja la linterna y vuelve a girar la manivela.

La esperanza crece con la noticia y llena mi cabeza de sueños sobre el futuro. Hasta los empleados que han nacido en familias de la Dirección deben trabajar duro y superar pruebas de acceso para obtener alguno de esos cargos.

—¿De verdad crees que ascenderán al ganador?

Jayma asiente.

—Y justo a tiempo de que nos graduemos y consigamos nuestros puestos de trabajo.

Sonríe y, aunque su linterna se está apagando, juraría que la azotea brilla más. Estoy más animada. Imagino un trabajo en la Dirección nada más acabar la Instrucción general. Con un cargo como ese tendría el poder suficiente como para proteger a Drake. Debe haber mutantes nacidos en familias de la Dirección, pero no estoy segura de que los hayan desterrado. La posibilidad de ganar me produce un hormigueo, aunque el premio prometido sea una opción remota.

Clong. Una roca golpea el borde del tejado y me agacho. Las cámaras de vigilancia que están en lo alto no han sido reparadas desde que nací, pero hay una forma segura de que te pillen: hacer mucho ruido.

—Excrementos de rata —maldice Scout. Miramos hacia las rocas a las que ha estado disparando y, a juzgar por lo que he oído, dándole más al techo que a las ratas.

—¿Vamos al centro o no?

Una voz profunda y masculina surge de la oscuridad y me incorporo. Cal, el hermano mayor de Scout, aparece de entre las sombras y mi corazón late a mil por hora. Cal sonrío.

—¿Te he asustado?

—No. —Mantengo la cabeza alta y me paso la mano por el pelo.

—¿Cuándo has subido?

¿Habrá estado aquí escondido desde que llegaron los chicos escuchándonos a Jayma y a mí? Espero no haber dicho nada vergonzoso. Nada que revele cómo me siento.

La presencia de Cal, por no mencionar la cortina de rubios cabellos sobre sus ojos azules, me poner nerviosa. Aunque mi maldición no es lo bastante poderosa como para herir a alguien tan grande o inteligente como un humano, no sería bueno, ni siquiera para mis amigos, que me relacionaran con un calambre en el estómago, una punzada en los riñones o una opresión en el corazón. Por mucho que confíe en ellos, no pueden descubrir que soy una mutante.

Las botas de trabajo de Cal crujen sobre la fina grava; flexiona sus rodillas y se agacha para que su cuerpo quepa en un espacio tan estrecho.

—¿Dónde está tu red? —pregunta Cal.

—¿Mi red? —repito, sin apartar los ojos de su hermoso rostro.

—Has dicho que has tenido suerte con la red. ¿Dónde está?

Estaba escuchando. Señalo distraída hacia atrás. Inclina la cabeza a un lado. Sabe que estoy mintiendo, pero no insiste. Cal, que tiene dieciocho años, fue el primero de su clase en la Instrucción general y bordó los exámenes. Aun así sólo obtuvo un puesto en el departamento de construcción y mantenimiento. Ese desperdicio de inteligencia es la prueba que necesito: la Dirección sólo asciende a los que ya están dentro. Mi sueño de ganar la lotería se desinfla.

Cal se aparta el cabello de los ojos, y la luz de la linterna de Jayma, cuya intensidad va a menos, afila sus cincelados rasgos. Aunque siempre ha sido alto y delgado, su cuerpo se ha endurecido con el trabajo físico y ha convertido su cuello, brazos y piernas en fuertes amarras cubiertas de piel. Miro fijamente su muñeca, todavía sin pulsera de citas, pero no puedo permitirme soñar.

—¡Qué guapas estáis hoy! —Su cumplido hace que se me dispare el corazón.